

PIJAMAS DE RAYAS

Aquel lugar comenzó a recordarme los campos de concentración nazis. *Konzentrationslager* se escribe en alemán. Creo que hasta sería capaz de pronunciarlo correctamente. Si repasas pausadamente las sílabas llegas a visionarlas con claridad. Es al pronto cuando la caligrafía alemana parece más áspera de lo que es en realidad. Quizá influya en ello el énfasis de la pronunciación. Esa pronunciación aterradora que tantas veces hemos escuchado en las películas filmadas sobre la Segunda Guerra Mundial y ha quedado para siempre grabada en nuestro cerebro.

Frases pronunciadas con dicción correcta, clara, concisa, pero cargada de furia, arrogancia, odio, desprecio. Eso, desprecio. Es lo que más llamaba mi atención. El desprecio y la humillación como común denominador hacia unos seres que iban a morir sin saberlo. Ni un atisbo de piedad en aquellas voces, ni de remordimiento ni de misericordia o clemencia. Nada que removiera las entrañas de unos militares abducidos hasta la enajenación mental por un lunático llamado Adolfo, que pretendió emular a Napoleón un siglo y medio después sin percatarse de que la mayor potencia del mundo ya no era Alemania, ni se encontraba en el continente europeo, sino al otro lado del Atlántico.

Siempre he tratado de llegar al fondo de la conciencia de oficiales y soldados nazis que actuaban bajo las órdenes de Hitler, pero ha sido como un viaje fallido al fondo de la tierra. Un fracaso. Aún hoy, ignoro si sus voluntades fueron castradas como se castran los genitales de un caballo para mitigar su ímpetu, o se dejaron llevar por la fuerza del mal que exhalaba su líder como el fuego de un dragón, sin oponer resistencia. He intentado encontrar la diferencia que debería existir entre la obediencia suicida castrense y el sentido moral de quien la ejecuta.

Incluso hoy trato de hacerlo mientras veo una película o leo un libro sobre el exterminio nazi, sin encontrar conmoción alguna ante la atrocidad que estaban cometiendo. O en documentales sobre Mauthausen, Ravensbrück, Auschwitz, campos de aniquilación en los que peor que la propia muerte era la indiferencia con la que a los reclusos se les conducía hasta ella, despojándolos de cualquier atributo material, intelectual o emocional que anteriormente hubiera dado sentido a sus vidas.

Seres humanos convertidos en nada. Anatomías gravitando en la inexistencia. Cuerpos sin cerebro, desconectado este de la máquina de la vida, deambulando en pijamas de

rayas por las explanadas del purgatorio creado por expreso deseo del Führer. Cabezas rapadas y mujeres de apariencia andrógina. Otros desmemoriados por el *shock* que produce la brusca desposesión de lo que se tiene y sobre todo de lo que podrían haber tenido.

Crueldad mental inoculada mediante la degradación y sellada con el lacre de la anestesia ante el oprobio. Hijos del cautiverio cuyos rostros podrían haber sido elegidos por Edvard Munch como modelos para una reproducción de “El grito”, obra por excelencia representativa del expresionismo alemán de principios del siglo XX.

Intentaba separar esa imagen de exterminio deliberado de lo que estaba sucediendo a mí alrededor, pero no lo lograba. Era imposible apartarlas. Lo que observaba atónito era la recreación de un nuevo Auschwitz, pero esta vez rodeado de edificios y asfalto, en el que las personas deambulaban igual de desprotegidas que las reclutadas por el ejército alemán, igual de confusas, vulnerables y desmemoriadas. En soledad, sin ninguna posibilidad de defensa personal ni abogado de oficio. Personas que sin previo aviso se encontraron de pronto ante un caprichoso pulgar que, como ocurría en los circos romanos, iba a marcar su destino manteniéndose hacia arriba o girándose hacia abajo, según la orden recibida.

Al edificio donde me encontraba volvía el terror que tantas veces había contemplado en cine y televisión, y la muerte comenzaba a extenderse sigilosamente igual que lo hacía el gas a través de los conductos que asemejaban duchas dentro de los barracones nazis. Mientras aguardaba impaciente la resolución, acudía a unos y otros tratando de llevarles algún atisbo de esperanza mediante la piadosa mentira que esconde la cercanía de la muerte. Pero fue como un machetazo.

Eran las ocho de la tarde. En el exterior las calles se habían quedado vacías. No circulaban coches. No caminaba gente. La humanidad parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Nos sorprendió la noche que cayó sobre la residencia de ancianos como una losa de mármol blanco. Los encerramos en sus habitaciones. Como a niños de orfanato. Castigados por haberlo dado todo a lo largo de sus vidas. Guardan silencio como sucedía en Mauthausen. Han perdido la dignidad. La dejaron en la puerta cuando entraron por primera vez en este edificio de pasillos largos y oscuros, y salones enlosados con piezas cuadradas de terrazo blancas y negras como un tablero de ajedrez. Un ajedrez sin reyes ni reinas, sin torres, sin caballos ni alfiles. Solo con algunos

peones. Peones que ya no llegarán a coronarse al final del tablero porque no les quedarán fuerzas. Un ajedrez al que se le han ido cayendo los trebejos durante la travesía de la vida.

Todo ha quedado en penumbra debido a la incertidumbre. Es la inseguridad ante lo desconocido. El hombre pierde su seguridad cuando desconoce. Cuando no sabe qué hay detrás de la puerta. Cuando no está seguro de que mañana amanecerá. Por primera vez dudan si verán el siguiente amanecer. A mí también me está sucediendo, pero trato de sobreponerme. Me siento como un capitán sin galones a bordo de ese barco de la muerte en el que acaba de convertirse la residencia geriátrica en la que presto servicios de enfermería.

De pronto oigo voces. Son pocos los que se atreven a levantarlas. A los que el valor aún no les ha abandonado del todo, quizá. Presto atención. Uno de ellos abre la ventana. Hay algo ahí afuera. No, no hay nada ahí afuera, responde otro. Pues creo que hay algo ahí afuera. No hay nada ahí afuera. Yo tampoco veo nada, se escucha otra voz. Igual se trata de un depredador silencioso, invisible. ¿Quién lo dice? Nadie, lo digo yo. Lo dices tú, y ¿quién eres tú? No sé, lo vi en una película. El cine es ficción. A veces también es premonición. Premonición ¿qué sabrás tú de premonición? No sé, pero a veces suceden cosas extrañas.

Parece que hayan adivinado mi pensamiento. Estoy a punto de dirigirme a ellos para tranquilizarlos, pero nuevas voces hacen que me detenga.

Viene a por nosotros, habla otro en voz alta. ¿A por nosotros? ¿Por qué a por nosotros? Porque somos puro pretérito. ¿Quién lo ha dicho? Alguien. Alguien, que sabrás tú si nunca llevas el audífono puesto. Una mujer abre la puerta de su habitación. Callad de una vez, panda de majaderos. Me duele la cabeza. No me dejáis descansar. Tengo fiebre se escuchó a otra mujer. Pero ¿qué os pasa? A lo lejos se abre otra puerta. Yo también tengo algo fiebre. De repente comenzaron a escucharse toses. Dispersas. Persistentes. Cerrad las ventanas, se escuchó con estruendo. Hace mucho frío hoy. Maldita sea. Se produjo un silencio largo y denso como la niebla que invade las montañas y una tras otra se fueron cerrando las puertas de las habitaciones. Tras ellas, las toses comenzaron a multiplicarse. Secas, fuertes, persistentes. Y de nuevo voces. Me cuesta respirar. Yo tampoco puedo respirar. A mí me falta el aire. Y los ronquidos que emanaban de los pulmones iniciaron dentro de las habitaciones un concierto de instrumentos desafinados que no tenía fin.

Yo era consciente de que no era el aire lo que les faltaba. Era la vida lo que comenzaba a faltarles. Ya está aquí, pensé, y corrí por los pasillos alertando a mis compañeros. Entonces comenzó un trasiego incontrolado de idas y venidas, de voces aceleradas, de comentarios estériles. Una escenificación vacía porque en realidad no hacíamos nada. La directora de la residencia ordenaba con displicencia: A quien le duela la cabeza, un ibuprofeno, a quien no pueda respirar, agua, mucha agua.

Durante bastantes minutos no supe qué hacer. Finalmente me dirigí al despacho de dirección. Ni siquiera toqué en la puerta. Doña Carmen me recibió con una mirada penetrante, amenazadora, yo diría que le molestó mi intromisión, pero no se atrevió a reprenderme. Me miraba fijamente. Creo que era consciente de lo que hacía. Después de unos tensos segundos se dirigió a mí. Seria, seca, fría, distante. Su rostro me recordó a los de algunas oficiales nazis. Le faltaba solo el uniforme coronado con el kepis y adornado con la esvástica. Además su cabello rubio y sus ojos claros acentuaban el parecido con las teutonas.

-Qué se te ofrece –me dijo.

-Se están muriendo.

-Lo sé. Es el maldito coronavirus.

-Pero hay que hacer algo.

-Y qué puedo hacer.

-Hay que ingresarlos.

-¿Ingresarlos? No me hagas reír.

-Maldita sea. Hay que llevarlos a un hospital.

-¿Un hospital? Tenemos órdenes.

-¿Órdenes? –pregunté, pero no obtuve respuesta.

En ese instante mi mente volvió a los *Konzentrationslager*. Salí del despacho y comencé a abrir como un loco las puertas de todas las habitaciones de la residencia. En cada una de ellas busqué las miradas de los ancianos. Las fui observando una a una recibiendo las suyas. Miradas inocentes, desorientadas. Solo les faltaba el pijama de rayas.

Permanecí dentro de la residencia cuarenta y ocho horas, una tras otra, sin asomar la cabeza al exterior. Necesitaba respirar aire fresco para no desfallecer, pero fui incapaz de traspasar el umbral. Mi conciencia oprimía los sentimientos que enloquecidos se agitaban en mi interior, mientras contemplaba como cada bocanada de aire suponía para

ellos alargar su agonía un segundo más. Respirar mientras la asfixia se deslizaba por toda la residencia no lo contemplaba mi código deontológico de enfermería. Tampoco mi responsabilidad moral.

Me dediqué a asistir lo mejor que pude a todos los contagiados por el virus. Como responsable higiénico-sanitario me encontraba solo ante el terror. Desprotegido. Sin EPI. Solo ante la angustia, ante lo desconocido. Aguardaba con ansiedad el sonido de alguna sirena. De ambulancia o de un coche patrulla. De alguien que cayera en la cuenta de que en esta parte de la ciudad una residencia de la tercera edad necesitaba ayuda. Pero solo me rodeaba el silencio. Silencio de purgatorio improvisado. Como ha llegado el patógeno, de improviso. Igual que un apache defendía su territorio de la dominación *yanki*. Por sorpresa, deslizándose sigilosamente entre la maleza.

El personal cuidador se afanaba en colaborar. Incluso los de atención nocturna, lo que propició que pudiera aplicar mis conocimientos de asistente técnico sanitario más allá de lo contemplado en mi diplomatura, aunque no alcanzase los de un médico residente. Y así permanecí hora tras hora, de habitación en habitación, intentando que mujeres y hombres, que por minutos comenzaban a dejar de serlo, pudiesen respirar.

Extrañamente la sensación que me quedó al final de aquellas cuarenta y ocho horas infames no fue la de haberlos atendido sanitariamente. Fue más bien la impresión de que durante aquellos dos interminables días no ejercí mi profesión, sino que me convertí en un sacerdote sin ordenar y en lugar de curar fui dando la extremaunción, *in articulo mortis*, a todos y cada uno de los ancianos.

Mientras esto sucedía, la directora recorría los pasillos de la residencia una y otra vez sin atreverse a entrar en habitación alguna y repitiendo sin cesar: A quien le duela la cabeza, un ibuprofeno, a quien no pueda respirar, agua, mucha agua.

Abandoné la residencia de mayores como seguramente Ortega Lara abandonó 532 días después el zulo de madera en el que fue confinado. Aturdido, confuso, desorientado, incrédulo ante la dantesca escena más propia de la ficción que de la realidad. En el exterior del edificio se hacinaban los féretros como en los aeropuertos americanos se alinearon los que llegaban de Vietnam.

Me detuve un momento y comencé a contarlos en silencio, pero interrumpí el proceso a los pocos minutos. Estaba agotado física y mentalmente. Trataba de hallar una explicación a la magnitud de lo que estaba sucediendo, pero no la encontraba y mi pensamiento, inesperadamente, se refugió en la Biblia. Imaginé que a las diez plagas

bíblicas se unía esta tragedia como castigo de Dios a los hombres por su incapacidad, avaricia y soberbia, y por la negación de la empatía que llevan a cabo los próceres en su comportamiento.

Logré evadirme mientras regresaba a casa circulando por la desierta calzada. Paradójicamente los semáforos exhibían sus tres colores sin tener en cuenta que el mundo acababa de detenerse bruscamente. Aun así los respeté. Por un momento la imagen de las calles vacías me retrotrajeron a la secuencia de la película Abre los ojos, de Amenábar. Ficción o realidad, la eterna pregunta de cual de las dos supera a la otra.

Llegué a casa sobre las siete y media de la tarde. Antes me detuve en un chino, qué ironía, y compré unas cuantas cosas para engañar el hambre. Metí la ropa dentro de la lavadora y tomé una ducha reconfortante. Mientras lo hacía continuaba contando féretros. Me miré al espejo. En los surcos de mi rostro descubrí las secuelas del exterminio que acababa de presenciar. De pronto, un murmullo llamó mi atención. Abrí el balcón y observé que ventanas y balcones de los edificios colindantes comenzaban a abrirse de par en par. Había olvidado que hoy comenzaba un homenaje público a los sanitarios. Posiblemente porque no me consideraba uno de ellos al no ejercer la enfermería en un hospital.

Al contemplar a los vecinos caí en la cuenta, por primera vez, que vivía gente al otro lado de mis cristaleras, después de toda una vida mirando sin ver a través de ellas.

Me saludó un matrimonio bastante mayor y les correspondí. Nunca antes me había fijado en ellos ni ellos seguramente en mí. Podrían haber sido ancianos de la residencia, pero el destino los mantuvo en su hogar. El destino siempre como salvador o verdugo, cuando mayoritariamente somos los propios humanos los responsables.

En otra de las ventanas reconocí a una señora, viuda, que meses antes había perdido también a su mascota. Estaba sola en el balcón. Pensativa, cabizbaja. Sola ante el peligro, pensé de nuevo en el cine.

En uno de los balcones descubrí cómo una cría de unos tres años de edad fue la primera en aplaudir y a sus aplausos se unieron los del resto del vecindario. A su lado, su hermano, algo mayor, y que mostraba una especie de parálisis cerebral, agitaba su cuerpo corroborando los aplausos de su hermana pequeña mientras los padres se repartían los afectos aplaudiendo junto a ellos.

Observé mediante un barrido visual al resto del vecindario. Rostros desconocidos que iban apareciendo en las ventanas asemejando locutores de televisión. Serios,

contundentes, atrapados por la incertidumbre. Algunos intentaban sonreír. Buscaban a través de sus expresiones esa unión inexistente en la cotidianidad, que ahora se revelaba tan necesaria. La imagen de los edificios era una repetición al natural de La ventana indiscreta, de Alfred Hitchcock, rodeados de suspense.

En la última planta, uno de los vecinos ha preparado un equipo de alta fidelidad en su terraza y tras los aplausos, inesperadamente, irrumpe con fuerza Resistiré, que puede convertirse en himno de superación ante la adversidad. La canción provoca unas tímidas palmas de acompañamiento que se van extendiendo lentamente entre los vecinos, los cuales comienzan a medir el ritmo con un ligero movimiento corporal. Yo no me atrevo a hacerlo. Aún estoy bajo el *shock* vivido en la residencia. Aún cuento cadáveres incluso escuchando la motivadora música.

Al terminar la canción comienza el repliegue en ventanas y balcones, y el silencio vuelve a invadir las calles del vecindario. Ha desaparecido cualquier atisbo de vida. Me recluyo en la cocina, pensativo, casi ausente. De manera automática dispongo sobre la mesa los alimentos que acababa de comprar cuando volvía de la residencia. Durante minutos los miro sin ver nada y de pronto, inconscientemente, me doy cuenta de que los acabo de volver al interior del mueble.

Después me dirijo al salón. Lo hago con el ánimo abatido. Tomo asiento ante el televisor para seguir el contenido del telediario. Los rostros de los presentadores son una réplica de los que acabo de ver desde mi balcón. La muerte se desliza a lo largo de toda la escaleta del noticiario.

Decenas y decenas de ataúdes con el Cristo clavado encima desfilan de nuevo ante mí. Es la única diferencia que aprecio con los reclusos en los *konzentrationslager* nazis. La desnudez. Los féretros de aquellos no eran de madera. Fueron sus propios pijamas de rayas.

FIN